

Julio Quesada Martín, *Heidegger de camino al Holocausto*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.

—¿Cómo puede ser gobernada Alemania por un hombre de tan escasa formación como Hitler?—, pregunta desconcertado Jaspers a Heidegger con ocasión de su última visita en mayo de 1933. Y Heidegger responde: “¡La formación es indiferente por completo [...], mire usted solamente sus preciosas manos!”

RÜDIGER SAFRANSKI

Me quedé paralizado ante un Heidegger que estaba poseído él mismo por el delirio. No le dije que estaba en el falso camino. Dejé de confiar en su esencia transformada. Y sentí en propia piel la amenaza ante la violencia en la que Heidegger participaba ahora.

RÜDIGER SAFRANSKI

No cabe duda que el resultado de la Gran Guerra abrió, en el corazón de Alemania, el resentimiento, el odio y la impotencia frente a una derrota de consecuencias jamás vistas en su historia. La humillación del Tratado de Versalles definió en buena parte el futuro germano. Las disposiciones del mismo arrebataron a Alemania sus colonias, obligaron a la devolución de Alsacia y Lorena a Francia, además del pago excesivo de indemnizaciones de guerra; esto llevó, al menos en términos de Heidegger, a una “exigencia primitiva del ser-ahí” (Safranski, *Un maestro de Alemania*, 312), es decir, a la búsqueda para recuperar la esencia del pueblo alemán.

Ciertamente, más de un autor, entre ellos el historiador Hobsbawm, considera la fecha de 1914 como un parte aguas en la historia de la sociedad occidental. El mapa geopolítico sufre una transformación radical, por ejemplo, la caída del Imperio Austrohúngaro y, con éste, la recomposición de los estados-nación. La Primera Guerra Mundial marca ya, de alguna manera, el principio de la decadencia de un siglo que apenas empieza, el horror del surgimiento de sociedades autoritarias que desembocará, años después, en plenos totalitarismos. *Catástrofe* podría ser la palabra que resumiera la situación de Europa, en particular de Alemania. Sin embargo, la suerte de esta crisis que marca la posguerra alemana, no está echada. Los dados están en el aire, aunque Heidegger “el zorro”:

En su espeluznante ignorancia acerca de las trampas y no-trampas, y dada su increíble familiaridad con las trampas, dio él en un pensamiento enteramente nuevo e inaudito entre zorros: se construyó como madriguera una trampa, se aposentó en ella y se las dio de que su trampa era una madriguera normal (y esto no por astucia, sino porque siempre había tomado las trampas de los demás por sus madrigueras) (Arendt, “Heidegger el zorro”, 436).

Sin embargo, habrá otros que saldrán de su madriguera para rescatar del aire la crisis y transformarla en crítica. Ahí están Walter Benjamin, Ernst Bloch, Franz Rosenzweig, Herbert Marcuse, Adorno, Horkheimer y la propia Hannah Arendt. Si para Heidegger el problema se centraba en la pregunta por el Ser, en el regreso a un “origen” de lo germano, a la *ipseidad* del ser alemán olvidado de sí mismo y de su relación con la Grecia Antigua, para otros, como Walter Benjamin, el problema se encuentra en la historia de ese llamado progreso de la modernidad, en esas ruinas que su ángel mira con ojos desorbitados. Cuando Heidegger se pregunta por el olvido del Ser como posibilidad única de responder al quebrantamiento sufrido por el pueblo alemán, no se da cuenta de que su mirada, al dirigirse a la mismidad germana, pone justamente en peligro al Ser, no sólo alemán, sino universal. Esto en la medida en que el nazismo, al que se adhirió en 1933, dio lugar “a la ruptura de la civilización” (Adorno), “a una imagen del infierno donde se trató de erradicar el concepto de ser humano” (Arendt) o, en palabras de Jean Améry, a

“Auschwitz [que] es el pasado, el presente y el futuro de la humanidad”.

Por otra parte, Walter Benjamin, sólo siete años mayor que Heidegger, tiene una percepción de la catástrofe y de su desenlace en términos completamente opuestos. Se trata de tiempos sombríos, de cuyas ruinas habrá que reconstruir la historia, una historia no con mayúsculas, hecha esta vez por quienes han quedado sin voz, los “hundidos”, que no pueden “habitar porque no pueden construir”. Esto, parodiando al propio Heidegger cuando afirma: “solamente podemos habitar cuando podemos construir” (Heidegger, *El ser y el tiempo*, 191).

Ahora bien, si coincidimos en que, en efecto, Alemania sufrió la peor de sus derrotas y que la República de Weimar no logró salvarla de la humillación, sino que profundizó el desencanto de la sociedad, podemos pensar que la llegada de Hitler al poder, por increíble que sea, fue siempre una posibilidad latente. La guerra había terminado pero la paz estaba lejos aún. La inestabilidad política y social, y el asesinato político, marcarían los próximos cinco años. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo serán asesinados en 1919, Walter Rathenau, el ministro de relaciones exteriores, en junio 1922. El desempleo se convierte en protagonista central de la historia junto con la crisis financiera e inflacionaria. Los desempleados sobrepasan la cifra de dos millones y medio en el invierno de 1923-1924. La gran mayoría de las clases educadas de Alemania gravitan hacia la derecha y las universidades son uno de los puntos nodales de las fuerzas antidemocráticas durante la época de Weimar. Ante este panorama, la filosofía de Heidegger parece haber optado por recuperar y reafirmar el espíritu alemán:

La autoafirmación de la Universidad alemana es la voluntad originaria, común, de su *esencia*. Para nosotros, la Universidad alemana es la escuela superior que, desde la ciencia y mediante la ciencia, acoge, para su educación y disciplina, a los dirigentes y guardianes del destino del pueblo alemán. La voluntad de la *esencia* de la Universidad alemana es voluntad de ciencia en el sentido de aceptar la *misión espiritual histórica* del pueblo alemán, pueblo que se conoce a sí mismo en su Estado (Heidegger, “La autoafirmación de la Universidad alemana”, 32).

Sin comentario. Su conducta durante el periodo 1933-1945, no deja lugar a dudas de su abierta participación en el nazismo. Y, sin embar-

go, ¿es posible establecer un vínculo directo entre su pensamiento y la doctrina nazi?

En términos generales, todo acto de pensar implica en sí mismo una posición ética y política; toda escritura es ya una toma de partido y, por lo tanto, resulta difícil disociar la obra de su autor y su contexto —como lo intentó durante mucho tiempo el Estructuralismo—. No obstante, el libro de Julio Quesada, *Heidegger de camino al Holocausto*, intenta rebasar todo límite, asociando de manera inclemente la obra de Heidegger, no sólo con el nazismo sino con el aberrante panfleto antisemita de Hitler: *Mein Kampf* (1925). Julio Quesada parte del hecho de que “Heidegger es el pensador del nazismo” (81) y, para probarlo, escudriña no sólo en *Ser y Tiempo* sino en el “Discurso del rectorado” y, en particular, en el discurso de 1933 de Heidegger —ya como rector— en el Instituto de Anatomía Patológica de Friburgo. Quesada confronta este último con “Los 25 puntos del NSDAP”. Es cierto que existen escalofriantes correspondencias entre ambos textos; por ejemplo, escribe Heidegger: “Cada pueblo lleva su primera garantía de autenticidad y de grandeza *en su sangre, en su tierra* y en su crecimiento físico” o “nuestra más íntima creencia nos dice que a través de la revolución nacionalsocialista el pueblo alemán no sólo se ha vuelto a encontrar *consigo mismo*, sino que de este acontecimiento nacerá una nueva y auténtica comunidad de pueblos y naciones”.¹

Julio Quesada pretende, como él mismo lo dice, “ser un narrador” (120), y, en efecto, en términos benjaminianos, lo es. Se impone la tarea de leer la historia de la Filosofía a contrapelo, para desenmascarar la oscuridad agazapada en el pensamiento y la acción heideggerianas. Y, hasta cierto punto, lo logra. Sin embargo, para una filósofa advenediza —como yo— esta exposición tan evidente, sin matices ni claroscuros, me despierta cierta suspicacia. Si es así de claro y transparente el vínculo entre la pregunta por el Ser y la ideología nazi, ¿por qué hasta ahora?, ¿por qué *Ser y Tiempo* sigue siendo considerada una de las obras máximas de la Filosofía del siglo xx? Es cierto, Quesada no es el primero que establece esta relación; el “caso Heidegger” es vieja historia; los filósofos, heideggerianos y no,

¹ Julio Quesada, *Heidegger de camino al Holocausto*. Todas las referencias a este título son a la misma edición por lo que, una vez consignada, anotaré el nombre del autor y el número de página entre paréntesis.

se han preguntado hasta el cansancio el porqué de su participación en el régimen nazi. Los heideggerianos de manera particular siguen buscando una respuesta a su silencio frente al genocidio judío. Y la propia Hannah Arendt, discípula y amante, judía exiliada por los nazis, le otorga el beneficio de la duda. En una carta del maestro a su alumna, escrita en el invierno de 1932-1933, Heidegger responde con todo desparpajo:

Querida Hannah:

Los rumores que te inquietan son calumnias que encajan perfectamente con otras experiencias que he tenido que vivir en los últimos años.

El hecho de que difícilmente pueda excluir a los judíos de las invitaciones a los seminarios puede deducirse de la circunstancia de que en los últimos cuatro semestres no he tenido *ninguna* invitación al seminario. El que, según dicen, no saludo a los judíos es una difamación tan grave que eso sí, la tendré muy en cuenta en el futuro.

Para aclarar mi actitud frente a los judíos, bastan los siguientes hechos [...] Quien a pesar de ello viene y debe doctorarse y, además, podrá hacerlo, es un judío. Quien puede venir a verme mensualmente para informar de un trabajo importante en curso, es otro judío. Quien hace unas semanas me envió un extenso trabajo para que lo revisara con urgencia, es judío. Los dos becarios de la comunidad de asistencia cuyo nombramiento conseguí en los últimos tres meses, son judíos. Quien recibe a través de mí una beca para Roma, es un judío.

Quien quiera llamarlo “antisemitismo furibundo”, que lo haga (H. Arendt y M. Heidegger, *Correspondencia*, 136).

Después de esta respuesta, o Heidegger era esquizofrénico, o Hannah Arendt y la Filosofía occidental han errado en el camino. Y, con todo, no dejo de preguntarme si la respuesta puede ser sintetizada en los términos en que Quesada lo plantea:

La filiación de Heidegger al NSDAP ya no puede seguir contemplándose como un “error”, un despiste que tuvo el ciudadano Heidegger; sino como una lógica consecuencia de sus planteamientos filosóficos. Tampoco puede caber la menor duda de que *se empapó de Mein Kampf*; y que, a la luz de sus *escritos políticos* y no tan políticos, era consciente de que la revolución nazi implicaba el antisemitismo con todas sus consecuencias, comenzando con la eugenesia (120. Énfasis mío).

Si *Mein Kampf* fue publicado en 1925 y 1926 y *Ser y Tiempo* en 1927, ¿de qué manera Heidegger pudo haberse “empapado” del panfleto hitleriano cuando *Ser y Tiempo* fue un trabajo que, seguramente, llevó años de reflexión? Por supuesto, coincido totalmente con la primera parte de la cita, un “error” de tal magnitud exigía una explicación por parte de Heidegger, cosa que nunca llegó, a menos que consideremos el cinismo de la carta a Hannah Arendt como la respuesta que lo redime de toda culpa. Es la relación entre la escritura de *Ser y Tiempo* y de *Mein Kampf* —obra de un charlatán de cantina, convertido en el arquitecto del genocidio antisemita— lo que, a pesar de los ejemplos que nos ofrece Quesada, me desconcierta. Reconozco, de manera ambigua, mi inocencia frente a tal aberración; si bien es cierto que no puedo disociar el pensamiento de un autor de su práctica, me es difícil aceptar que una de las mayores obras de la Filosofía, que pretendía igualarse a la de la Grecia Antigua, se haya podido alimentar de la bazofia hitleriana. Es aquí, en este punto, donde mi lectura del libro de Quesada se detiene con una gran interrogación.

Esto no quiere decir que apruebo el comportamiento de Heidegger, ni tampoco que simpatizo con su filosofía y, mucho menos, me conformo con el cinismo de su respuesta a los tímidos cuestionamientos de Arendt. Estoy convencida de que el trabajo analítico de su filosofía, en correspondencia con su participación en el nazismo es hoy, más que nunca, una tarea ineludible. En este sentido, el libro de Quesada aporta, sin duda, elementos clave para el debate. Sin embargo, y a pesar de que mi lectura no es la de una conocedora a fondo de la obra heideggeriana, percibo a lo largo del libro una pasión “negativa” que domina toda reflexión por encima de cualquier mediación teórica. El caso de *Mein Kampf* y *Ser y Tiempo*, como obras “emparentadas”, fruto del pensamiento de la raza, la tierra y la sangre, tendría, necesariamente, que venir acompañado por un trabajo mucho más fino y matizado que permitiera al lector comprender las similitudes, pero también las diferencias. Insisto. El estudio detallado que Quesada realiza a partir de gran número de textos heideggerianos, no resuelve del todo el “caso Heidegger” aunque, definitivamente, nos coloca en el camino del pensamiento genocida. Es necesario, no obstante, entender que nada se da en blanco y negro y que, a veces, los grises o los claroscuros, resultan mucho más útiles y atinados.

Al final del camino, quizás sea el Holocausto el que nos regrese a Heidegger. Pero, para ello, habrá, como escribe Arendt, que sacar al Filósofo de su madriguera para ver qué hay de “zorro” en él y qué, en él, apunta hacia otro horizonte.

ESTHER COHEN

REFERENCIAS

- ARENDT, Hannah, “Heidegger el zorro”, en *Ensayos de comprensión, 1930-1954*, trad. Agustín Serrano de Haro, Caparrós Editores, 2005, 435-436.
- y M. HEIDEGGER, *Correspondencia 1925-1975 y otros documentos de los legados*, trad. Adan Kovacsics, Herder, Barcelona, 2000, 136.
- HEIDEGGER, Martin, *El ser y el tiempo*, trad. José Gaos, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- , “La autoafirmación de la Universidad alemana. Discurso del rectorado”, en *Escritos sobre la Universidad alemana*, Madrid, Tecnos, 1996.
- La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del ‘Spiegel’*. Trad. Ramón Rodríguez. Madrid, Tecnos, 1989.
- QUESADA, Julio, *Heidegger de camino al Holocausto*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.
- SAFRANSKI, Rüdiger, *Un maestro de Alemania. Heidegger y su tiempo*, trad. Raúl Gabas Koeppel, Barcelona, Tusquets, 2000, 276-275.